

Domingo XVIII - Dar pan y hacerse pan

La multiplicación de los panes reviste para los evangelistas una importancia única. Tal es así que este milagro está relatado en los cuatro evangelios. Incluso, Mateo y Marcos lo relatan dos veces. Un total de seis versiones del mismo hecho. ¿Qué es lo que explica semejante insistencia? Existen básicamente dos interpretaciones. Una vincula este milagro con la eucaristía, pero muchas veces se reduce su significado a lo ritual, con poca relevancia para la vida. Como reacción, en busca de un sentido más existencial, surgió una interpretación más social, según la cual, movida por la enseñanza de Jesús, la multitud descubrió que debía ser solidaria y compartir lo que cada uno tenía, y así pudieron comer todos. Es fácil darse cuenta de que ambas interpretaciones tienen parte de razón, pero también que, aisladamente consideradas, son insatisfactorias.



Milagro de los panes y los peces, de Giovanni Lanfranco. (1620-1623)

Para entender la intención de los evangelistas, es útil prestar atención al contexto del milagro. Jesús, tras recibir la noticia del martirio de Juan

Bautista, decide retirarse con sus discípulos a un lugar desierto para orar, pero la gente lo descubre y lo persigue, de modo que al llegar a la otra orilla del lago se encuentra nuevamente con la multitud. Sin embargo, Jesús no siente fastidio sino compasión ante la necesidad de Dios que descubre en ellos. La misericordia de Jesús es la clave para entender el relato que sigue.

Jesús les enseña y cura sus enfermos hasta que se hace tarde. Los discípulos, inquietos, le proponen que despida a la gente para que vaya a comprar comida a las ciudades, pero Jesús no sólo se niega, sino que les dice “denles ustedes de comer”. Y tomando cinco panes y dos pescados los multiplica y los da a los discípulos para que los distribuyan. Todos comen, se sacian, y sobra.

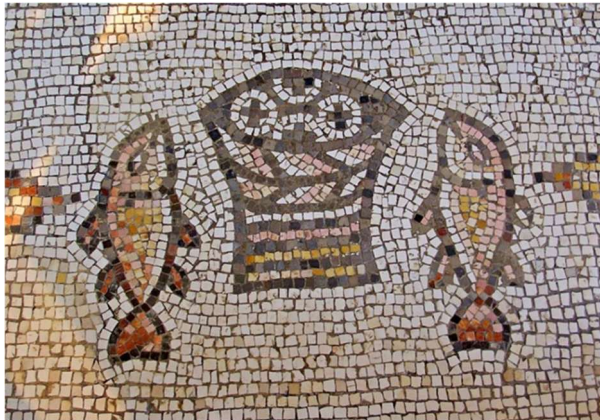
Hay un primer sentido de este milagro que la gente seguramente entendió: Jesús, dándoles de comer en el desierto, renovaba el prodigio de Moisés, alimentó al Pueblo en el desierto con el maná. Jesús es el nuevo Moisés. Pero hay algo más. Jesús no se limita a repetir lo que hizo Moisés, porque Jesús no sólo da el pan, sino que Él mismo se hará pan. En efecto, el pan nutre en la medida en que desaparece como pan al ser consumido. Del mismo modo, Jesús no nos dará un don distinto de Él, sino que aceptará la muerte para darnos vida.

Por eso mismo, Jesús no quiere despedir a la gente: la multiplicación de los panes no es la respuesta improvisada a una contingencia, sino la deliberada manifestación de su misión salvadora. Y también por eso no quiere que los discípulos rehúyan su responsabilidad para con la gente: ellos mismos deben distribuir el pan, más aún, hacerse pan para los demás. Y finalmente, este significado del pan

explica la insistencia en su sobreabundancia, característica de los bienes celestiales (puesto que los terrenos son siempre escasos). Todos los detalles de los relatos se comprenden cuando los leemos a la luz de la idea de que Jesús es el Pan (como luego afirmará explícitamente el último de los evangelios, el de Juan).

Este mensaje, que Jesús nos salvará dando su vida por nosotros, es el que nos permite entender correctamente las dos interpretaciones mencionadas y su conexión:

1. La interpretación sacramental es incuestionable. Según el relato, Jesús toma el pan, lo bendice, lo parte y lo da. Son las acciones que repite en la Última Cena, cuando pronuncia las palabras “Esto es mi cuerpo”, identificándose sacramentalmente con el pan, como modo de asumir el sentido de su muerte en la Cruz: hacerse pan para nosotros, es decir, dar su vida por nosotros. No se trata simplemente de cumplir ritos, sino de entender que la eucaristía, en la cual se hace presente la entrega de Jesús, es la respuesta al anhelo más profundo del corazón humano, que es el deseo de Dios, poder encontrarse con su misericordia.
2. Pero también es incuestionable la dimensión social de este milagro. Jesús muestra su solidaridad con los hombres, y exhorta a los apóstoles a ser solidarios con ellos. Pero recordemos que la solidaridad cristiana es ante todo un modo de ver nuestra vida: un don que hemos recibido para comunicar. La solidaridad se refiere, ante todo, a los bienes espirituales (entrega, servicio, perdón), y luego, también, a los bienes materiales. No se trata simplemente de dar cosas. Sólo un cambio de corazón puede hacer que las personas y las sociedades sean realmente solidarias con la pobreza tanto material como espiritual.



Mosaico de una iglesia en Tabgha, Israel

En conclusión, los dos sentidos, correctamente entendidos, no son alternativas, sino que están íntimamente vinculados entre sí. La Eucaristía es la fuente de la vida cristiana, y la solidaridad, su verificación. Quienes nos alimentamos del Pan eucarístico debemos hacernos pan para los demás. Porque la madurez de la vocación cristiana consiste en esto: en que podamos ofrecer nuestra vida a Dios y a nuestros hermanos con las mismas palabras de Jesús:

“Esto es mi cuerpo”.

P. Gustavo Irrazábal

02-08-2026